

XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2022.

# **Aportes del testimonio literario de marta dillon a la construcción de la memoria.**

Piasek, Sebastián Luis.

Cita:

Piasek, Sebastián Luis (2022). *Aportes del testimonio literario de marta dillon a la construcción de la memoria*. XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-084/150>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoq6/tu9>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# APORTES DEL TESTIMONIO LITERARIO DE MARTA DILLON A LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA

Piasek, Sebastián Luis

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

## RESUMEN

El presente trabajo se enmarca en el proyecto UBACyT titulado “La literatura testimonial acerca del terrorismo de Estado en Argentina. Un análisis de la transmisión escrita en afectados directos por el terrorismo de estado y otros autores”, y pretende demostrar las coordenadas lógicas a través de las cuales un testimonio literario ligado al terrorismo de Estado puede adquirir cierto valor performativo, como productor de un ejercicio de memoria que establece resistencias culturales frente al saber hegemónico sobre lo sucedido. Partiendo del supuesto de que todo testimonio se sostiene sobre un punto de imposibilidad en lo que respecta a la narración objetiva de la historia, intentaremos demostrar con la lectura de la novela *Aparecida* (Dillon, 2015) el modo en que la ficción permite construir un relato singular y eminentemente político sobre lo sucedido.

## Palabras clave

Testimonio - Terrorismo de Estado - Discurso - *Aparecida*

## ABSTRACT

CONTRIBUTIONS OF MARTA DILLON'S LITERARY TESTIMONY TO COLLECTIVE MEMORY

This paper is framed within the UBACyT project “Testimonial literature around State terrorism in Argentina. An analysis of the written transmission by those directly affected and other authors” and aims to demonstrate the coordinates through which a literary testimony linked to state terrorism can acquire a certain performative value, as a producer of a memory exercise that establishes cultural resistance to the hegemonic history. Based on the assumption that every testimony involves an impossibility regarding the objective narrative of history, we will try to demonstrate how fiction allows the construction of a singular and eminently political testimony through the reading of the novel *Aparecida* (Dillon, 2015).

## Keywords

Testimony - State terrorism - Discourse - *Aparecida*

## Introducción y recorte del problema de investigación

La reapertura de los juicios por crímenes de lesa humanidad en Argentina produjo en el año 2005 un gran impacto a nivel social. Sin embargo, como hemos desarrollado en publicaciones anteriores (Gutiérrez y Noailles, 2014; Piasek, Gutiérrez y Noailles, 2016; Noailles y Piasek, 2018; Piasek, 2020), el espacio que allí se le brindó a la palabra demostró los límites que impone el discurso jurídico para conducir el relato a un estatuto cerrado de verdad, impidiendo así que el relato se torne experiencia (Benjamin, 1991). Si bien estos límites fueron una y otra vez desbordados por la fuerza singular de cada relato, en paralelo comenzó a suscitarse la producción de literatura testimonial, no sólo como forma de exceso respecto de aquellos límites judiciales, sino probablemente también para poder articular el retorno incesante de las marcas del horror con la interpretación que de ellas pueda hacer el presente, como señala Eduardo Grüner: “Hacer historia no es recuperar los hechos tal cual sucedieron en el pasado, sino tal como relampaguean hoy (...) no se trata, en la historia o en la memoria, del pasado como tal, sino de lo que no deja de irrumpir como síntoma en sus narraciones. El pasado, así sintomatizado, es una herramienta para la construcción del presente y del futuro (2011, p. 17).

Nuestro trabajo parte del supuesto de que estos testimonios se estructuran en torno a un imposible, como el que situara Freud para las profesiones del gobierno, la educación y el psicoanálisis (1937): a pesar de la pretensión de verdad que suele regir en el discurso científico y también en lo social, no existe transmisión alguna que alcance a representar lo acontecido de forma objetiva. De aquí se deriva una primera hipótesis de trabajo: los efectos del testimonio literario en la construcción de la memoria colectiva deben poder inscribirse no a pesar de aquella imposibilidad que lo constituye, sino a través de ese límite impuesto por la singularidad del hablante. Así, lejos de obturar la eficacia del relato, la ficción hace del testimonio una producción siempre única, iluminando con eso su carácter más político. Intentaremos demostrar esta lógica de lectura en la novela *Aparecida* (2015), de la escritora y periodista Marta Dillon.

## De la ficción a los efectos de verdad

Los términos *ficción* y *verdad* tienden a diluirse en un entramado complejo tanto en el ámbito de la literatura como en el campo del psicoanálisis. Si otras disciplinas trabajan con una definición de *verdad* que pretende atribuir cierto grado de

verosimilitud en sus enunciados, uno de los efectos del inconsciente freudiano radica en la necesaria delimitación de una estructura ficcional en el discurso, y en aquello que percibimos en la vida cotidiana como *realidad*[i]. Que la verdad se sostiene sobre una estructura ficcional no representa en este sentido un aspecto novedoso. Sin embargo, la posibilidad de prescindir de toda pretensión de objetividad en el discurso brinda a la *ficción testimonial* una potencia y un alcance inusitados en lo que respecta a la narración de una historia que pueda construir efectos de verdad, haciendo de la repetición algo heterogéneo, allí donde la reconstrucción documental, pretendidamente objetiva, implicaría un proyecto infecundo.

Leonor Arfuch señala que “después del primer momento, el de las víctimas, los deudos, los testigos, donde el testimonio de lo padecido fue a la vez prueba para la justicia y elaboración catártica del trauma, se fueron sucediendo inúmeros relatos donde campeaba la narrativa vivencial: biografías, autobiografías, testimonios, memorias (...) sin perder nunca la carga testimonial, fue apareciendo en ese espacio subjetivo la autoficción, un género híbrido, a veces cercano a la novela, donde la marca autobiográfica se diluye en la tercera persona o en otro personaje sin pretensión de una ‘verdad’ referencial” (2016, p. 547). Que el término *verdad* figure entrecomillado en la cita precedente no representa un mero detalle. Se trata en este punto de situar la potencia de la ficción testimonial para la creación de un relato singular, desapegado de la referencia directa que otros campos suelen exigir a la palabra.

El testimonio que Marta Dillon ofrece en *Aparecida* (2015) en torno al hallazgo de los restos de su madre, Marta Taboada, que había sido desaparecida en el año 1977, se sostiene sobre esa misma política: el reconocimiento de lo imposible de la reconstrucción objetiva como condición necesaria para la escritura de una historia que, en la mixtura de notas periodísticas y archivos policiales sobre el secuestro, recuerdos y voces de testigos ocasionales, atraviesa ni más ni menos que la vida y la muerte. Con la cadencia de un estilo singular, inclasificable, se entretienen allí la militancia de Marta Taboada, su secuestro y posterior desaparición forzada, el aplastamiento de la muerte anónima durante más de treinta años, y la incansable militancia de una hija por el hallazgo de un dato nuevo que pudiera aportar a la confirmación del asesinato, imposibilitada hasta entonces por la ausencia del cuerpo. Y porque la memoria tiene su propia temporalidad, el presente de la escritura resignifica una serie de coordenadas que entrelazan vida y muerte, situando en la obra una palabra que permita no estar tan “lejos de las palabras que le debíamos, la historia de su vida, la trama que esa vida tejió con otras” (Dillon, 2015, p. 73). Tamaña reescritura no podría tener lugar si no fuera por la vía de la ficción, ese tejido mixto que, lejos de inventar acontecimientos[ii] con objetivos estéticos, se presenta acaso advertido de que su transmisión surge de la confluencia entre el relato singular de lo acontecido y la voz del Otro: “Una testigo que la nombra, una coincidencia de fechas, la compro-

bación de que las voces que yo escuchaba la noche del secuestro no venían del baño sino de la cocina. Cada detalle brilla como una gema, pero su luz se apaga de inmediato” (p. 16).

Que la voz del Otro habla en el relato implica el motivo primero, aunque no el único, por el que la autoría del testimonio es siempre mucho más relativa de lo que parece. El relato condensa lo íntimo y lo ajeno en una voz narrativa que brinda un atisbo de forma a todo lo que hasta entonces sobrevolaba sin inscripción. La autora expresa algo de esta lógica que empuja el testimonio como un “... torrente de palabras, las letras deslizándose por la garganta como si se ordenaran solas siguiendo un plan maestro que no era el mío y que a la vez sí, era el mío, era yo, la niña desbocada organizando un funeral postergado.” (p. 153). Como si la transfiguración de recuerdos ahogados por el paso del tiempo pudiera dar cuenta de ciertos espacios vacíos que la convocan históricamente al (no) saber, la forma del interrogante se instala ya en las primeras páginas del testimonio para situar un mapa de coordenadas posibles para los últimos días de su madre en el cautiverio, donde lo posible no remite a ningún orden de facticidad sino a una forma diversa de hacer con lo imposible, con el dato que falta. Esta operación produce en acto un instante de verdad, que nada tiene que ver con lo necesariamente verosímil, pero anuda aquella pregunta al deseo que la convoca en la escritura: “¿Mamá pensaba en mí y no lo decía? ¿Se sumergía en el puro presente para no extrañar nada más? (...) ¿Le contaba a esta mujer de lo que le costaba peinarme, de las lágrimas que me saltaban cuando me recogía el pelo en la coronilla para que se me vieran los ojos? ¿Tejía con esos relatos una realidad paralela para acallar los gritos de los torturados? ¿Me quería mi mamá?” (p. 18).

Así también, “sin saber, pero sabiendo” (Dillon, 2015, p. 175-176) que la ficción puede mediar entre la incertidumbre del interrogante y la ausencia de respuestas lógicas, la autora avanza en la construcción de un relato posible de lo que pudo haber sucedido en los últimos minutos de vida de su madre, en ese intersticio que con los años devino bisagra entre la militancia que Taboada había sostenido hasta entonces, y la que ella luego comenzó a llevar adelante para encontrarla. Con esto, comienza a restar a su madre de ese espacio vacío que implica la muerte anónima: “Porque fusilarlos los habían fusilado, de eso había pruebas. A mi mamá junto a otras dos mujeres y un hombre, un cura o un excusa, como se quiera pensarlo, que cantaba canciones metodistas en el cautiverio y que yo tengo la ilusión de que algo cantó en ese momento o que le dio la mano o alguna luz de esperanza frente a lo que venía. No lo sé. No puedo saberlo.” (p. 46). Y más adelante agrega: “Antes de su último resuello le habían quebrado una pierna. La tibia derecha tenía una marca roja rodeada de un círculo en el pobre esquema de un esqueleto donde las partes halladas estaban pintadas de azul. No sé cuánto tiempo antes. Con los ojos cerrados vi la caja de un camión donde la tiraban como un desperdicio rígido que crujía sobre el metal. Sobre ella caían otros, pinochos despintados haciendo

ruido a madera. Ridículo, era una herida perimórtem, lo decía el papel; pero era mejor que imaginarla vulnerable rengueando al caminar hacia el final. Debe haber sido la metralla, lo mejor es que haya sido la metralla.” (p. 70).

El testimonio aquí se permite saber, como sitúa Ritvo (2012), no a partir del conocimiento pleno sobre lo acontecido -como si eso fuera posible, más allá de toda pretensión neurótica- sino en y a partir de la invención misma: un modo muy diverso de habitar el saber, que facilita la posibilidad de avanzar en un territorio simbólico minado por la ausencia de información. Este aspecto adquiere especial interés si tenemos en cuenta que, como sucediera en la Shoáh, la desaparición de espacios físicos y documentos probatorios se convirtió en el *modus operandi* primero del Plan sistemático de desaparición de personas para obstaculizar, si no directamente impedir, el esclarecimiento de los crímenes de Estado. Jorge Panesi destaca en este preciso sentido que “los genocidios instalan en la cultura el problema del olvido y la memoria” (2011, p. 24), todo un problema ético que no puede resolverse ni resumirse en el ámbito judicial. El permanente ejercicio de construcción de la memoria colectiva encuentra entonces en el testimonio literario un suplemento necesario de lo que a nivel jurídico pueda tramitarse, en este caso por la vía de un relato que hace frente de modo singular a las pruebas eliminadas, las voces acalladas y las historias que sus protagonistas no pudieron contar. Si “...los archivos de la historia siempre están adulterados, o pueden ser destruidos. Se conserven o desaparezcan, la literatura siempre será el otro archivo” (Panesi, 2011, p. 25), *Aparecida* no sólo avanza en la construcción de un saber que pueda ir más allá de la referencia objetiva, cuyo anclaje se presenta lógicamente imposible: también destaca los detalles públicos que su autora logra recabar de esa misma noche, que denotan lo más funesto de una cobertura mediática que sólo supo encubrir un fusilamiento a sangre fría -cuyas pruebas fueron mayormente eliminadas- tras la coartada de un enfrentamiento en la vía pública que nunca existió: “Del 2 de febrero no hay noticias en La Opinión, tal vez querían evitar ponerse reiterativos, sí en El Sol: cuatro mujeres, dos hombres en la esquina de Costa y Díaz Vélez a las 3.15; las muñecas bravas parecían estar sobrando en los campos de concentración. Ahí cayó mi vieja. El 3 de febrero, por alguna razón, ofrece más detalles para la ficción: además de la voz de alto y la persecución, un hombre y una mujer mueren al chocar el auto que conducían, no se dice contra qué ni tampoco se explica por qué en el otro auto, un Torino celeste, se acumulaban cuatro hombres y tres mujeres con armas largas igual que los malos conductores y con pésima puntería como todos los otros.” (p. 71).

Así, el trabajo de memoria que nuestra sociedad se debe (se sigue debiendo, como con toda deuda que no puede ser saldada) en torno a los crímenes de lesa humanidad encuentra en el relato cierto carácter performativo, por la vía de una militancia testimonial que es al mismo tiempo producto y productora de una resistencia cultural frente a la construcción histórica sobre lo sucedido.

### La restitución de un nombre en el ámbito público

En el establecimiento de una distancia lógica entre el relato de aquellos que atravesaron el terror de Estado en primera persona y el testimonio de los hijos e hijas de los desaparecidos, Leonor Arfuch enfatiza que “ya no se trata de dar cuenta de la experiencia del pasado en términos de la más rotunda presencia -el cuerpo propio sometido a tortura, vejación, persecución-, se trata justamente de hacer presente la ausencia como dato esencial de la identidad, de hacer de la afirmación pública de la filiación -como búsqueda incierta, como protesta o como rebeldía- un gesto político” (2016, p. 549). Dillon hace de este gesto político una forma de construir presencia en la ausencia por la vía de la identidad. Precisamente porque la militancia atraviesa lo generacional, *Aparecida* se erige como el soporte escrito para la reelaboración de una lucha identitaria sostenida durante décadas, al situar las primeras instancias de un proceso que podríamos interpretar en términos de una necesaria transferencia de lo familiar a lo público, y de lo siniestro del silencio y la ausencia de justicia a la rememoración de un nombre que exigía ser recuperado en el ámbito social. Ante la aparición de los restos, la autora comienza a resignificar en el relato mismo la importancia de los recordatorios que comenzara a publicar en el diario *Página/12* poco antes de iniciar su militancia en H.I.J.O.S. [iii]: “La aparición [de los restos] desarticulaba el primer rito. ¿Qué iba a hacer con el recordatorio, esa pequeña solicitada en el diario que reemplaza el epitafio para los desaparecidos? Mamá ya no era parte de ese firmamento de muertos sin tumba vivos en la memoria y en el corazón del pueblo (...) El primero que yo publiqué fue cuando se dictaron los indultos que dejaron libres de culpa y cargo a todos los responsables del Terrorismo de Estado. Puse su foto para increpar al entonces presidente, ‘dígame cómo le explico a mi hija que nadie va a pagar por el secuestro y la desaparición de su abuela’. La ubicaba entre generaciones, extendía el reclamo hacia mi hija” (p. 95).

Es el mismo interrogante, aquel *¿Qué iba a hacer ahora con el recordatorio?*, el que de forma quizás inadvertida permite situar que el hallazgo de los restos no puede ser leído como la condición primera de una restitución hasta entonces pendiente, sino como efecto de una militancia incansable que había comenzado a producirse muchos años antes a través de los recordatorios: un primer rito como puente temporal que brinda existencia y lógica a una lucha cuyo corolario llegaría veinte años más tarde, con la posibilidad del ritual funerario pendiente durante más de tres décadas. Aquellos recordatorios operan en el relato como forma de inscripción de un acercamiento biográfico pendiente, que por entonces comenzaba a estructurarse: “Cuatro años después, la primera solicitada de H.I.J.O.S. también tenía forma de recordatorio y nos hacía irrumpir a todos con su demanda. Fue para el Día del Padre de 1995: ‘Ni ellos ni nosotros elegimos que este domingo su lugar esté vacío en la mesa’. Con esa aparición de nosotros, los hijos y las hijas, clamando por lo que nos faltaba cambió la prosa, todos los recordatorios fueron mutando. Poe-

sías y oraciones, sí, pero también la enumeración de sus logros, los pocos rasgos que pueden contarse de quien ha vivido sobre todo en ausencia. Fue maestra, fue abogada, tuvo cuatro hijos, militó en esta organización y no en otra; no es un cuerpo entre otros cuerpos ni un número entre los treinta mil” (p. 95). Con la aparición de los restos, ese trabajo de restitución simbólica se ve resignificado en el testimonio: como si aquellas luchas del pueblo latinoamericano por las que peleaba Taboada exigieran una inscripción de la propia vida y la propia muerte en el campo de lo público, y como si aquella exigencia pudiera leerse ahora como el motor principal de la búsqueda por parte de una hija: “Cuando tenía dieciocho años encontré el nombre de mi madre en el Diario del Juicio (...) no retuve más del testimonio, salvo la prueba de la existencia de mi madre, la ratificación de que no había ido a ningún otro lado más que a las orillas de la muerte, que su desaparición no me pertenecía del todo sino que era parte de algo grande, algo de lo que se hablaba en la esfera pública aunque no en su familia” (p. 17).

En la escritura de una historia militante que había sido silenciada a nivel familiar, se restituye progresivamente el nombre a un cuerpo que en términos sociales integraba ese espacio tan indeterminado como el de los *desaparecidos*: “Mamá se recordaba de la zona gris de los sin nombre” (p. 72). Por eso, el título del testimonio en absoluto debiera leerse de forma inocente. Allí donde una interpretación superficial podría situar un mero juego discursivo, se vislumbra en cambio una auténtica declaración política que logra restar algo de consistencia al peso de “... ese firmamento de muertos sin tumba vivos en la memoria y en el corazón de su pueblo...” (p. 95). Interpretamos esta operación en la línea de lo instituyente; de un acto que se sirve del hallazgo del cuerpo para recuperar un nombre de la zona gris y reinscribirlo así en el cuerpo social.

El relato permite situar una historia singular de lucha, en la que los recordatorios públicos y el posterior hallazgo del Equipo Argentino de Antropología Forense<sup>[iv]</sup> operan como el soporte social de un movimiento simbólico, que no podría producirse si no fuera sobre aquella base. Y permite inscribir, también, una evidencia: con cada aparición no sólo se hace justicia a nivel singular; también se recuperan allí las huellas de una masacre que sigue haciendo mella en el ámbito público: “Ahora era nítido, mamá estaba volviendo. Aunque fuera por el segundo en que un rayo cruza la noche y la convierte en día, iba a estar entre nosotros. La íbamos a acompañar en el viaje desde el anonimato hacia el territorio de los muertos recordados, ahí donde podría seguir diciendo por sí misma aquí estoy, en este tiempo supe lo que era la primavera, fui madre, fui hermana, estos son mis deudos (...) he sido asesinada, mi existencia negada, pero los míos arrebataron mi cuerpo de las sombras, desde aquí doy fe de la doble masacre de las vidas y de los cuerpos” (p. 188). Como si aquella transferencia a lo público tomara vida en la escritura, lo social adquiere una dimensión imprescindible a medida que el testimonio se acerca al punto final, a aquella des-

pedida tan pendiente. La ceremonia “...tenía que ser colectiva, la urna de mamá la llevaríamos entre muchos brazos, por eso era tan pesada.” (p. 190). Los efectos de una militancia inclaudicable se reflejan en las últimas páginas del relato haciendo lugar a un adiós que ahora es colectivo: “...más de trescientas personas nos esperaban, con banderas y flores bajo un cielo gris plomo...” (p. 201-202).

### Reflexiones finales

La búsqueda de una madre ausente por efecto del accionar represivo tiene lógicamente sus tiempos. La memoria también. El testimonio que entrama Marta Dillon en torno al hallazgo de los restos de su madre desaparecida habita poéticamente ambas temporalidades, tejiendo una palabra que permite finalmente situar el lazo entre una militancia por la justicia y la verdad, y una escritura que se autorice a construirla desde otro espacio. Y porque en el transcurso de una vida hay muy diversas formas de lidiar con aquellos significantes que insisten por la vía de la repetición, *Aparecida* arroja en quien lee la certeza de que no hay mejor militancia que aquella que nunca cesa de crear posibilidades: la restitución de un nombre en el ámbito público y la inscripción de una nueva *aparecida* a nivel de la polis, hitos que no dependen sólo del hallazgo del cuerpo sino de una palabra que nomine lo encontrado (y el camino transitado para llegar a ese punto) operan en el relato como signo y como efecto de una militancia heredada, que puede ahora tramitarse también por la vía escrita: si “...para encontrar huesos hay que reconstruir la historia completa” (p. 31), el testimonio literario deviene aquí soporte para la inscripción de un saber fundado en la invención. De eso se trata la construcción de la memoria.

### NOTAS

[i] Así como S. Freud recurrió al concepto de verdad histórica (1927; 1939) para dar cuenta de una lógica de historicidad ficcional en la construcción religiosa, social y también singular, J. Lacan formalizó la imposibilidad de una verdad objetiva al estructurar la lógica del fantasma (1966-1967) que brinda sentido a nuestra vida cotidiana, situando con esto a la verdad del lado de lo real, aquello que no puede inscribirse en términos simbólicos.

[ii] Acción usualmente atribuida al erróneamente denominado “género ficcional” tanto en literatura como en cine. La supuesta distancia lógica entre el “género ficcional” y el “género documental” -el primero, supuestamente desapegado de toda verosimilitud narrativa, y el segundo ligado de forma directa a la referencia real que narra- prescinde de la lectura singular que en uno y otro escenario lleva adelante el autor de aquello que se pretende relatar. Para un análisis detallado del tema, ver Carrera y Talens (2018). *El Relato Documental*. Madrid, España. Ediciones Cátedra.

[iii] Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio.

[iv] Corresponde destacar el trabajo del E.A.A.F. como mediación entre la vida y la muerte: “...Son como médiums que hacen hablar a los muertos y convocan a su mesa a los familiares para que escuchen,

para que completen con sus relatos las historias deshilvanadas...” (p. 41). La minuciosa labor de los antropólogos devuelve a los familiares la posibilidad de una marca en la tierra para que sus deudos puedan recuperar un nombre donde hasta entonces sólo había pura ausencia.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Arfuch, L. (2016) *Narrativas en el país de la infancia*. ALEA.
- Benjamin, W. (1991) El narrador. En *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid, Ed. Taurus.
- Dillon, M. (2015) *mAparecida*. Ed. Cúspide: Buenos Aires, Argentina.
- Freud, S. (1927) El porvenir de una ilusión. En *Obras completas. Tomo XXI*. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina.
- Freud, S. (1937) Análisis terminable e interminable. En *Obras completas. Tomo XXIII*. Amorrortu editores. Buenos Aires, Argentina.
- Freud, S. (1939) Moisés y la religión monoteísta. En *Obras completas. Tomo XXIII*. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina.
- Gusmán, L. (prólogo de Panesi, J. [2012]) (1995) *Villa*. Ediciones Edhasa. Buenos Aires.
- Gutiérrez, C. y Montesano, H. (2008) Farsa y ficción. En *Filiación: ciencia y arte. La restitución como problema epistemológico y como acto creador. Aesthetika, Vol. 4*.
- Gutiérrez, C. y Noailles G. (2014) *Destinos del testimonio: víctima, autor, silencio*. Ed. Letra Viva. Buenos Aires.
- Jelin, E. (2006) *Subjetividad y figuras de la memoria*. Bs As. Siglo XXI Editores.
- Jinkis, J. (prólogo de Grüner, E.) (2011) *Violencias de la memoria*. Ed. Edhasa, Buenos Aires, Argentina.
- Lacan, J. (1968-69) *El Seminario: De un Otro al otro*. Libro 16. Ed. Paidós. Bs As.
- Lacan, J. (1969-70) *El reverso del psicoanálisis*. Libro 17. Ed. Paidós. Bs. As.
- Lacan, J. (1976-1977) *L'Insu que Sait de L'Une-Bevue S'aile A Mourre*. Inédito.
- Noailles, G. y Piasek, S. (2018) El testigo-víctima en los juicios por crímenes de lesa humanidad. En *Revista investigaciones en psicología. Año 23, Vol. I*. Fac. Psicología UBA.
- Piasek, S., Gutiérrez, C. y Noailles, G. (2016) Las formas del duelo ante la irrupción de la palabra. *Revista de investigaciones en psicología. Año 21, Vol. II*. Fac. Psicología UBA.
- Piasek, S. (2020) La posición del sujeto ante los efectos del terrorismo de Estado desde los cuatro discursos de Jacques Lacan. En *Salud pública y salud mental. Congreso de la Asociación Argentina de Salud Mental, p. 197*.
- Ritvo, J. (2012) Saber es inventar. En *Revista Apología*. Consultado en <http://www.apologia.com.ar/juan-ritvo-saber-es-inventar>.